

ONZA, TIGRE Y LEÓN

INSTITUTO NACIONAL DE CULTURA,
7 BELLAS ARTES
BIBLIOTECA

Nº 9



REVISTA PARA LA INFANCIA VENEZOLANA

FRUTAS NUESTRAS

LA NARANJA



Entre nuestras frutas tenemos la naranja. Es muy sabrosa y sana en estado de madurez. Se encuentra envuelta en una capa llamada corteza y es blanda; dentro, está la fruta compuesta de gajos que al comprimirse sueltan un jugo muy dulce; este jugo es recomendable a nuestro cuerpo, sobre todo en las mañanitas.

La higiene nos recomienda comer muchas frutas porque estas contienen unos jugos saludables y nutritivos que son saludables al organismo.

No debemos comerlas verdes y sin lavarlas.

ELENA PALMA

(10 años)

(Alumna de segundo grado)
Escuela Federal N° 967.—El Bóquerón.—Abril de 1939.—Escuque.— Estado Trujillo.

ONZA, TIGRE Y LEÓN

(EL CORREO ESCOLAR)

REVISTA PARA LA INFANCIA VENEZOLANA

SERVICIO DE PUBLICACIONES DEL MINISTERIO DE EDUCACION NACIONAL

Talleres de Artes Gráficas de la Escuela Técnica Industrial.

No. 9

CARACAS JULIO DE 1939

AÑO 1

NUESTROS COLABORADORES INFANTILES Y SUS MAESTROS

Dándose cuenta del gran valor que encierran las producciones originales de sus discípulos, ya sean literarias o gráficas, numerosos profesores venezolanos inteligentemente preocupados, atendiendo a nuestro llamamiento, han hecho llegar hasta nosotros, desde todas las regiones de la República, los trabajos de sus alumnos; tal y como han salido de las manos de sus pequeños autores; sin extrañas influencias, sin falseadoras enmiendas ni correcciones que pretendan alterar la forma ni la esencia de las obras infantiles, en lo que se advierte el respeto del maestro por la personalidad y por la modalidad de expresión característica del niño.

Felicitemos a estos profesores por su recto criterio y les agradecemos de todo corazón el interés que por "Onza, Tigre y León" han sabido demostrar. De igual manera, les rogamos se sirvan disculparnos si en este número de nuestra revista no ven aparecer todas las producciones de sus discípulos; pero es el caso que, por ser tantos los trabajos infantiles que recibimos, nos vemos obligados, en contra de nuestra voluntad y deseo, a ir publicando, metódica y gradualmente, los diversos trabajos, de manera de poder ofrecer en cada número producciones intelectuales de los niños de diferentes planteles y regiones.

A nuestros amables y pequeños colaboradores exigimos un poco de paciencia. Todos los trabajos que ellos se dignen enviarnos, tendrán nuestra mejor acogida y, es seguro y de fiyo que, aparecerán en los próximos números de "Onza Tigre y León".

INSECTOS LUMINOSOS
LOS COCUYOS



Cuántas veces hemos estado por la noche en un clima caliente buscando un poquito de fresco que no nos dan las piezas demasiado encerradas, y hemos visto unas lucecitas brillantes que se encienden y se apagan con rapidez, jugando, como si dijéramos, en el aire, por entre las ramas de los árboles, sirviéndoles de defensa las hojas y los troncos; y hay otras que se quedan quietas en el suelo, como si estuvieran cansadas del ejercicio y tuvieran que esperar un rato para continuar luego. Pero no es esta la causa de encontrarlas ahí como espectadoras, según veremos después.

Esos farolitos tan lindos los encienden y los llevan

unos animalitos pequeños que poseen todos los caracteres de los insectos, como tener seis patas, y otros, y en realidad lo son: en América los llamamos cocuyos o cucuyos, y en otras partes les dan el nombre de luciérnagas o gusanos de luz, pues hay varias especies.

Los gusanos de luz y los cocuyos son en realidad muy distintos, entre otras cosas porque tienen los puntos luminosos colocados en posiciones diferentes, y mientras los primeros son muy útiles, los segundos son perjudiciales a los agricultores.

Las luciérnagas son muy poco amantes de sus hijitos, pues dejan caer los huevos

(Pasa a la Pág. 23)

LA VIDA EN LOS LLANOS

LOS CAZADORES

por Rosa Ramos



Especial para "Onza, Tigre y León".

Un día salieron al campo tres jóvenes armados de escopetas con el fin de dar caza a unos venados. Pocos momentos después de haber salido del pueblo llegaron a una casa donde habitaban una señora y sus dos hijos. Informáronse allí cual sería el camino que debían tomar para encontrar con más facilidad los referidos animales, y prosiguieron la marcha. Ya habían dado caza al primer venado, cuando uno de ellos propuso que cada quien se retirara algunos metros y escogiera el lugar que quisie-

ra (como es costumbre entre cazadores), para hacer sus disparos a la presa que se le presentara. Fué aceptada esta proposición por sus dos compañeros, y así lo hicieron al cabo de largo rato de silencio y cuando todos se hubieron ocultado, oyóse un disparo acompañado de un grito de dolor que se perdió en el espacio. Inmediatamente dos de los jóvenes acudieron al lugar de donde salió el grito, y cuál no sería su sorpresa al ver al otro compa-

(Pasa a la Pág. 25)

NIÑOS QUE ESCRIBEN Y DIBUJAN

RAMONCITO Y SU GATO



Ramoncito era un niño muy inteligente pero no quería estudiar ,el tiempo lo dedicaba en jugar con su hermoso gatito, blanco, y sus ojitos de un color esmeralda, llamado Coqueto, este lo quería muchísimo y perdía como hemos dicho sus preciosas horas de estudio en contemplación de su gatito.

Un día de clase salió Ramoncito para el campo acompañado de Coqueto a perseguir un lorito, pero al cruzar por un camino extraño para ellos, se perdieron. Ya se acercaba la noche y el niño empezó a llorar, su gatito al verlo, empezó a maullar tan fuerte que los vecinos vinieron en su auxilio, éstos encontraron al niño abrazado al gato, le preguntaron de donde era y otras cosas más, luego se lo llevaron a sus padres.

Ramoncito reconoció que todo le había ocurrido por falta de obediencia a sus padres y emplear mal su tiempo.

Al gatito lo quiso más, pero se corrigió para toda su vida.

GERTRUDIS HERNANDEZ

(11 años)

Escuque—Edo. Trujillo

Escuela Federal Rural N° 967

EL PERRO VALIENTE



Había una vez un niño que era muy imprudente y una vez se estaba ahogando en un mar pero las personas que lo estaban mirando no querían irlo a sacar del mar porque era muy peligroso pero por casualidad se hallaba un perro en la orilla de la playa y el perro viendo que las personas no iban a salvar al niño, se fué y lo salvó; las personas viendo el ejemplo del perro le pusieron el nombre de el “Perro Valiente”.

JOSE DOLORES CARREYO

Escuela Federal Nº 259

Chichiriviche

MANO NEGRA



Esta era una hermosa gata llamada Mano Negra, era de color negro y blanco. Una vez la pobre gata salió a buscar alimento para sus hijos, en la casa de enfrente tenían una trampa para los marranos que se comían la yuca, la pobre gata sin saber, metió la pata, pueden calcular ustedes la gritería que formó. Los amos de la trampa la sacaron y la mataron. Como a los tres días los hijos de los amos de la trampa llevaron a los hijos de los amos de la pobre gata a donde estaba muerta y los niños contaron lo sucedido a la triste gata y dijeron que eso le había pasado por ladrona.

JOSE DE C. MORALES

(11 años — 2º grado)

Alumno de la Escuela Federal N° 269

Mirimire, Estado Falcón

LUISITO Y LA VIEJITA



Había una vez un niño llamado Luisito, su madre lo mandó al pueblo a compra una caja de hilo; por el camino se encontró una viejita y ésta le dijo que le diera una limosnita y como él era un niño bueno, de los centavos que llevaba le dió tres a la viejita.

Cuando llegó al pueblo se fué a una bodega para hacerle la compra a su mamá, cuál no sería su tristeza cuando el bodeguero le dijo que no podía venderle la caja de hilo porque no llevaba los centavos completos. Entonces él vendió una pelotica que le había regalado su padrino y con los centavos completó los reales y de este modo pudo comprar la caja de hilo. Y al llegar a su casa se lo contó a su madre, y ella le dijo: haz hecho muy bien, hijo mío!

por FRANCISCO ANTONIO LISTA
Alumno de la Escuela Fedaral Mixta
Nº 1.384 que funciona en Churupal.
Distrito Arismendi.— Municipio
Río Caribe.—Estado Sucre
(13 años)

AMOR Y JUSTICIA



Un caballero de Barcelona se encontraba paseando por la calle con su novia y un mendigo se le acercó y le dijo: Señor, déme una limosna por amor de Dios. El caballero le dijo: Calla ,imprudente, cómo nos vienes a molestar y le dió un fuerte golpe y el mendigo se alejó llorando amargamente.

Su novia le dijo: No seas malvado; ¿Cómo le diste a ese pobre hombre ese golpe?. Si me hubiera pedido la limosna a mí, se la habría dado con gusto. El caballero al ver lo que le decía su novia fijó la vista en el suelo y se quedó pensativo, pero ya no podía remediar su falta.

Un señor de nombre José Vargas metió al mendigo en un hospital, cuando se curó le dió un empleo en la compañía Mene Grande y el mendigo fué trabajando con constancia y se enriqueció. Después compró una casa y se casó y tuvo dos hijos que fueron muy caritativos y se llamaba uno Fermín y el otro Manuel, ellos salían juntos a pasear por la ciudad y fuera de ella y cuando veían un mendigo lo llevaban a su casa y le daban de comer.

Un día salieron los dos hermanos a paseo y encontraron al hombre que le había dado el golpe a su padre y lo llevaron a su casa, éste al ver al padre de los niños se arrodilló a sus pies y le pidió perdón. El caballero era ahora un mendigo.

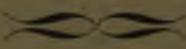
El padre de los niños no recordaba lo sucedido y le dijo: ¿Por que me pides perdón si tú no me has hecho nada a mí? El mendigo le respondió: ¿No recuerdas aquel fuerte golpe que te dí aquella tarde cuando andaba paseando con aquella mujer?. El padre le contestó: No recuerdo, porque las cosas malas no se reflejan en mi mente. El mendigo le dijo: Si no recuerdas, perdóname. El padre de Fermín y de Manuel lo perdonó y el mendigo le dió las gracias.

Manuel acercándose a su padre le dijo: Papaito dile a ese hombre que se venga a vivir con nosotros y el padre aceptó lo que le propuso Manuel y el mendigo se vino y vivieron juntos y felices.

OLGA MORENO

(11 años)

Alumna de la Escuela Federal
Guevara y Lira que funciona
en Cantaura, Distrito Freites



UN CUENTECITO

En el caserío inmediato a nuestro pueblo vivía un niño muy pobre criado como hijo por una buena mujer que sabía cuidarlo con cariño de verdadera madre. Ramoncito, que así se llamaba, se levantaba muy de mañana a regar las matas y a ordeñar las vacas, dos cosas que producían algún dinero, para el diario sustento.

Un día el niño salió muy temprano de su casa con varios litros de leche entre una mochila, y lechugas, tomates y berengenas para venderlas en el pueblo. Ya de regreso, a mitad del camino se encontró con un anciano que lloraba amargamente por no tener ese día como comprar la comida para tres hijos que tenía, y el buen niño tomó parte del dinero de su leche y sus sembrados y se la dió al pobre viejo diciéndole: toma padre necesitado que, como mi madre, eres un anciano y conozco tu necesidad.

Este niño es un niño de buen corazón y un ejemplo para todos que debemos seguir.

JOSEFA MORENO PEÑA

Grado 1º (13 años)

Escuela Federal Rural N° 3.247
Puerto de Nutrias 1º de mayo de 1.939

ESTUDIO ANALITICO DE UN DIBUJO INFANTIL



El niño de 9 a 11 años ya emplea la perspectiva y ocupa en gran parte de su dibujo o composición la línea horizontal, especialmente para colocar los objetos, la figura humana y animales. En el dibujo de un niño de 11 años se puede apreciar el valor de todos los objetos y la figura humana es dibujada en forma completa y con cierto movimiento. Esta es una etapa analítica para él. Luego de dibujar el motivo le pone sus respectivos nombres, lo que indica que el niño ya tiene ideas precisas.

El ejemplo lo podemos ver en la ilustración del niño Carlos A. Lares, de once años y medio de edad, alumno del Curso Infantil de la Escuela de Artes Plásticas. Es un dibujo gracioso, natural, donde se ve una buena organización de líneas y el ambiente comercial que ha querido representar está bien logrado: la zapatería, la frutería y la pulpería, esta última demuestra la idea que el niño tiene de las conservas alimenticias que expende "La Surtidora N° 6". Piensa también en los "cambures" pigmeos de la frutería y en el elegante calzado expuesto en las vitrinas de la zapatería.

Todo esto lo podemos apreciar por las líneas que empleó en la ejecución de su dibujo y por la idea general que contribuye a concretar las formas. Vemos en primer término la horizontal indicando la acera de la calle, la parte baja y alta

(Pasa a la Pág. 22)

CUENTOS VENEZOLANOS
LA MAESTRA NUEVA



Este cuento, del cual es autora la señorita Ligia Núñez, obtuvo el primer premio en el concurso de cuentos promovido en enero de 1939 por la "Escuela Normal de Maestros" de Caracas, entre sus alumnos.

Ha mucho tiempo que el pueblo ha quedado sólo, desde que la mayoría de los habitantes se fueron a la capital con la idea de mejorar la situación, de encontrar mejor trabajo, como si hubiera algo mejor que el cultivo de la tierra.

En la casa de Jacinta Alfonso falta el padre, quien atraído también por las nuevas mejoras, se fué a la capital dejando la esposa y la hija solas, y abandonando el ubérrimo suelo hambriente de cultivo, propicio para dar frutos, materia prima de industrias nacionales.

(Pasa a la Pág. 18)

VERSOS DE R. OLIVARES FIGUEROA

ROMANCILLO DE LOS PEQUENOS BOXEADORES

¡Bravo, zorros jóvenes,
disputáos la presa
sobre el "ring" sonoro,
y mi voz-trompeta
os inyecte de ánimos!

Arboles en fiesta
sus frutos, aún verdes,
en hojas-bandejas
os brindan.

No punzan
panales que, abejas
heroicas labraron.

Angeles de cera
el pecho os inscriben
en la misma estrella.

¡Bravo, zorros jóvenes,
disputáos la presa!
Para coronaros
se inclina la adelfa,
y las niñas cortan
mirto y yerbabuena.

CANCION DE CUNA DE LAS FLORES

¡Sábanas del viento,
las flores cubrid,
que la tarde cierra
su puerta de añil,
y la noche viste
negro levitín!

¡Callad, campanillas,
jazmines, dormid!

La cuna del mundo
se siente crujir.
¡Manos de las horas,
no paréis, seguid,
que las madre selvas
se quieren dormir!

¡Callad, campanillas,
jazmines, dormid!

Mariposas negras
del sueño, ¡venid!
Párpados sonoros,
no os queráis abrir,
que vendrá la oruga
con cesto y candil.

¡Callad, campanillas,
jazmines, dormid!

ROMANCILLO DE LA INVITACION AL CORRO

¡A ensartar el ámbar
de nuestras canciones
en flexibles hilos!

¡Al corro!

¡A moler las flores
viejas del romance
con marfiles nuevos!

¡A romper del aire
las vidrieras tenues,
honderos del alba!

¡A verter la sal
que los dioses aman.

en los labios puros!

¡Al corro!

¡Al corro!

R. O. F.

EL PAÑO MARAVILLOSO

por Don JUAN MANUEL



Este cuento pertenece al “**Libro de Patronio** o el **Conde Lucanor**”, es una obra escrita en mitad del siglo XIV, hacia 1330, por el infante Don Juan Manuel; colección de cuentos tradicionales, compuesta en forma de conversación entre un príncipe —El conde Lucanor— y su consejero Patronio.

Don Juan Manuel fué hijo del infante Don Manuel y de su segunda mujer doña Beatriz de Saboya, y sobrino de Alfonso el Sabio.

Señor Conde, tres hombres burlones vinieron a un rey y le dijeron que eran muy buenos maestros en el arte de hacer paños, y sobre todo que

hacían un paño que lo vería todo hombre que fuese hijo de padre honrado y que no lo vería aquel cuyo padre no lo fuera.

Al rey le agradó mucho esta noticia, porque pensó que con aquel paño podría saber qué hombres de su reino eran hijos de padres honrados y cuáles no, y porque vió que de esta manera podría aumentar su patrimonio, ya que los moros no heredan nada de sus padres si no son honrados éstos. Por esto mandó que les dieran un pa-

(Pasa a la Pág. 20)

A R T I S T A S



"LA NIÑA PINTORA", por Eva Arismendi Melchert
(8 años)



"PAISAJE", por Mauro Tovar
(10 años) Colegio América

I N F A N T I L E S



"CAMPO", por Hilda Yolanda Astorga B.
(8 años)



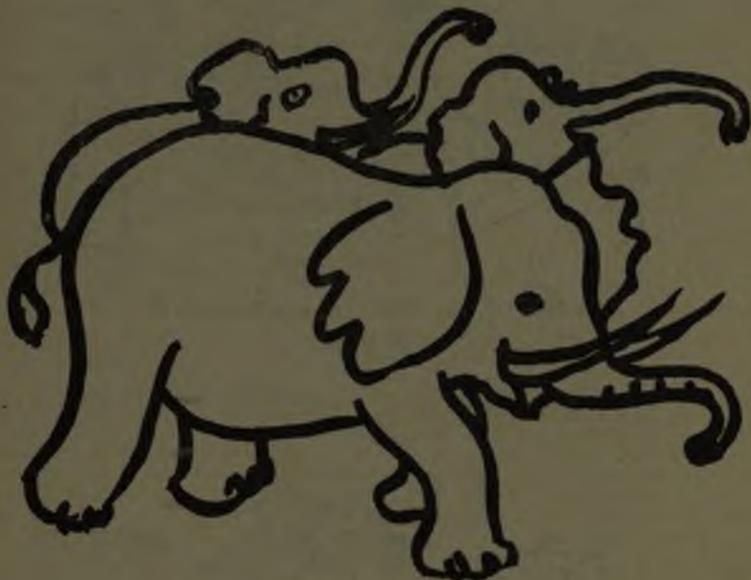
"PAISAJE", por P. Beltrán
(14 años) Colegio América

POR TIERRAS LEJANAS

AVENTURAS CON LOS ELEFANTES SALVAJES DE LA INDIA

Por KENNETH ELK

(Ex-Soldado Inglés del Cuerpo de
Lanceros de Bengala)



Nos encontrábamos en la India en pleno verano de 1933.

Aun faltaban varias semanas para la temporada de lluvias, y la fauna entera había abandonado las ardientes llanuras en busca de regiones menos inclementes en donde podía encontrar agua.

En el estado independiente de Cooch Behar, situado

en las inmediaciones de la falda del Monte Everest, se hacían preparativos para uno de los acontecimientos más imponentes de la India, la parada anual de elefantes salvajes.

Mi padre, que era oficial del ejército inglés, fué invitado por el Rajá del principado para que concurreniera a la re-

dada y nos llevó a mi hermano y a mí.

Dos días después partimos de Calcuta, en donde residíamos, llevando nuestras cabalgaduras y un abundante equipo de cacería. Al llegar a la estación de Ramara fuimos recibidos por un soldado indio de la guardia imperial, quien en correcto inglés nos dió la bienvenida, informándonos que había sido enviado para que nos escoltara hasta Khurda, lugar en que iba efectuarse la redada y que se encontraba a cuarenta y tres millas de distancia en plena selva.

En el curso del viaje supimos que la redada ya había principiado varios días antes, y que un ejército de seiscientos "caporales" nativos, tenía ya localizadas varias manadas de elefantes cerca de la frontera con Assam. Con la ayuda de enormes tambores y de doce elefantes amaestrados, los paquidermos salvajes estaban siendo empujados a una trampa gigantesca oculta entre la selva.

Llegamos al punto de nuestro destino a tiempo de poder presenciar una notable exhibición ecuestre, que presentaban cincuenta Lanceros Indios, ante el asombro de un numeroso grupo de invitados quienes habían llegado el día

anterior. Al terminar el espectáculo fuimos presentados a su Alteza Imperial, el Rajá, y a sus huéspedes de honor, todos ellos oficiales del ejército colonial inglés, con excepción de comandantes de la marina francesa y un diplomático austriaco.

En la noche arribaron dos nuevos personajes, que resultaron ser fotógrafos de cine, que venían expresamente a tomar escenas de la redada. Pronto trabé amistad con ellos y me informaron que esa era la primera comisión que se les había asignado en el extranjero.

Nos encontrábamos de sobremesa cuando llegó un portador con malas noticias. En la mañana de ese día, cinco elefantes se habían separado del grupo y enfurecidos habían despedazado a tres nativos. Su presencia, en la selva, implicaba un tremendo peligro. Supimos también que la manada consistía de más de un centenar de elefantes salvajes y que se encontraba a sólo cuarenta y cinco millas de distancia.

Algunos de los presentes manifestaron que les gustaría salir al día siguiente para observar a los paquidermos, pero el Rajá sabiamente se opu-

(Pasa a la Pag. 26)

LA MAESTRA NUEVA

(Viene de la Pág. 11)

Con la ida del padre se desvanecen los sueños de la niña que quiere ser maestra para que en el futuro tenga el pueblo una maestra que acabe con las viejas teorías de enseñanza, que bote la palmeta y haga que los niños se sientan en la Escuela igual o mejor que en su casa. Mas, la madre no abandona las esperanzas de que la hija realice sus anhelos y que pueda servir al pueblo como maestra ya que su padre no puede hacerlo como agricultor.

Ya la niña ha cumplido los quince y en la escuela del pueblo le han dicho que no vuelva más, que no hay nada que enseñarle y que hace mejor estando en su casa cosiendo o haciendo cualquier trabajo.

La madre le ha dicho que no se aflija que ella ha podido ahorrar algún dinero para enviarla casa de una hermana que vive en la capital y que ha prometido mandarla a la Normal de modo que ya podría ver realizados sus deseos, dentro de poco.

Cuatro años han pasado desde que Jacinta se marchó. La madre recibe siempre extensas cartas de la hermana y de la hija en las que ambas le cuentan los adelantos de la segunda en la Normal.

En la carta que hoy ha recibido de su hija, ésta le anuncia que ha rendido los integrales y que pronto estará con ella.

Al fin Jacinta regresa a su pueblo.

Mientras el carro que la trae avanza por la empolvada carretera, ella va pensando en los días de su niñez, cuando en unión de algunas amigas iba a la escuela y mientras recitaba las clases ante la mesa de la maestra que nunca reía y siempre miraba por sobre los anteojos de armadura de carey, pensaba en llegar a ser maestra para que pudieran las niñas sentirse cómodas y no estar siempre asustadas como ella.

Ya el carro ha entrado en el pueblo: en las calles varios rapaces descalzos juegan con el sucio polvo y en las ventanas se asoman caras curiosas que desean ver a la niña de doña María de Alfonso, que regresa de Caracas y que será la nueva maestra del pueblo.

Al pasar, ella saluda a las personas conocidas, en tanto algunas murmuran críticas en voz baja y las comadres dicen:

“Es demasiado joven para maestra, los muchacos no irán sino a jugá porque viendo una maestra con esa carita que no infunde respeto no podrán aprender sino a jugá y al fin de año no sabrán ni leé, ni contá, ni escribí”.

Sin pensar siquiera en lo que de ella han murmurado, Jacinta llega a su casa.

La madre está en la puerta esperándola, pero al ver esa elegante dama que baja del carro, sus miembros se quedan inmóviles como si una parálisis general los hubiera invadido de repente.

Jacinta corre al ver a su madre y mientras la estrecha entre sus brazos le dice: “Mamá, ¿no me conoces?, soy Jacinta”.

“He regresado!, he vuelto!”.

Al fin el pueblo tiene una maestra, una maestra con espíritu de tal, una maestra que siente amor por la enseñanza, por los niños.

“Anda mamá! Alégrate! Abrázame! Los niños del pueblo tienen ya maestra”.

Con las palabras de la hija la madre ha vuelto a ser dueña de sí. Abraza a la hija, ríe y llora y por fin le habla: ven hija, vamos adentro, estarás cansada de ese largo viaje, anda hija. Descansarás un rato y luego que descanses y almuerces me explicarás lo que te propones hacer de la escuela del pueblo, que como tú dices ya es tiempo de que sea una “Escuela Nueva”.

Ha llegado el 16 de setiembre hoy los niños al ir a la escuela han encontrado la maestra nueva: amable, risueña, que no da palmeta, no obliga a estudiar las letras en la cartilla sino que todo lo enseña de cierto modo que no se olvida nunca y deja que ellos manejen los útiles de trabajo que ellos han traído y que ella tiene.

Ya son las once. Qué pronto ha pasado la mañana y qué agradable es la escuela teniendo una maestra como ésta —dicen los niños— parece otra escuela, una escuela nueva.

LIGIA NUÑEZ

Alumna del 1er. Año de la Escuela
Normal de Maestros

EL PAÑO MARAVILLOSO

(Viene de la Pág. 13)

lacio donde hiciesen aquel paño.

Y ellos le dijeron que, para que viese que no le querían engañar, les mandase encerrar en aquel palacio hasta que estuviese hecho el paño. Y esto le agradó mucho al rey. Y una vez que hubieron tomado para hacer el paño mucho oro y plata y seda y muchas más cosas para hacerle, entraron en le palacio y los encerraron.

Y ellos armaron sus talleres y daban a entender que estaban todo el día trabajando en el tejido del paño. Y al cabo de algunos días fué uno de ellos a decir al rey que se había empezado, y que era la cosa más hermosa del mundo, y le dijo qué figuras y labores empezaban a hacer y que, si gustaba, lo fuese a ver, y que no entrase ningún hombre con él. Y esto le agradó mucho al rey.

Y el rey, queriendo probar aquello antes en otro envió un camarero suyo para que lo viese. Y cuando el camarero vió a los maestros y lo que decían no se atrevió a decir que no veía el paño. Y cuando volvió donde estaba el rey le dijo que había visto el pa-

ño. Y el rey envió otro criado después, y éste dijo lo mismo. Y cuando todos los que el rey envió le dijeron que veían el paño, fué el rey a verlo.

Y cuando el rey entró en el palacio vió a los maestros que estaban tejiendo y decían: "Esta es tal labor, y ésta tal historia, y ésta tal figura, y éste tal color". Y coincidían todos en lo que decían, y, sin embargo, no tejían nada. Y cuando el rey vió que ellos no tejían y sin embargo decían de qué manera era el paño, y que el no veía lo que habían visto los otros, túvose por muerto, porque creyó que no era hijo de padre honrado y que por eso no podía ver el paño, y temió que si decía que no lo veía, perdería el reino. Y por eso empezó a alabar mucho el paño y atendió mucho a lo que decían aquellos maestros sobre cómo estaba hecho.

Y cuando estuvo en su casa con la gente comenzó a decir maravillas de lo bueno y lo maravilloso que era aquel paño, y decía las figuras y las cosas que había en el paño, pero él tenía muy malas sospechas de sí.

Y al cabo de dos o tres días mandó a su alguacil a que fuere a ver el paño. Y el rey le contó las maravillas y extrañezas que había visto en el paño. Y el alguacil fué allá.

Y cuando entró y vió a los maestros que tejían y decían las figuras que había en el paño, y recordó que el rey lo había visto, y él no lo veía, creyó que por no ser hijo de padre honrrado no lo veía, y que si lo sabían los demás perdería toda su honrra. Y, por tanto, comenzó a alabar el paño tánto o más que el rey.

Y después que volvió a donde estaba el rey y le dijo que había visto el paño y que era la más noble y hermosa cosa del mundo, creyóse el rey aún más desgraciado, pues si el alguacil había visto el paño y él no, ya no había duda de que él no era hijo de padre honrrado. Y, por tanto, empezó a alabar más y a afirmar más la bondad y la nobleza del paño y de los maestros que sabían hacer tal cosa.

Y otro día envió el rey a su ministro, y le sucedió lo que al rey y a los otros. ¿Qué más diré?

De este modo y por este recelo fueron engañados el rey y cuantos vivían en su tierra, porque ninguno se

atreveía a decir que no veía el paño.

Y así pasaron las cosas hasta que vino una gran fiesta. Y todos dijeron al rey que se pusiese en ella aquellos paños.

Y los maestros los trajeron envueltos en muy buenas sábanas, y dieron a entender que desenvolvían el paño, y preguntaron al rey cuál de los paños quería que cortasen. Y el rey dijo qué vestidos quería. Y ellos daban a entender que cortaban y medían el tamaño que habían de tener las vestiduras, y que las coserían después.

Y cuando vino el día de la fiesta fueron los maestros a donde estaba el rey, con sus paños cortados y cosidos, e hiciéronle entender que le vestían y que le acomodaban los paños. Y así lo hicieron hasta que el rey consideró que estaba vestido, porque no se atrevía a decir que no veía el paño.

Y una vez que estuvo tan bien vestido como habéis oído, montó a caballo para andar por la villa, lo que le vino bien porque era verano.

Y cuando las gentes le vieron venir así y sabían que el que no veía aquel paño no era hijo de padre honrrado, creía cada uno que los otros lo veían y él no, y que si lo

decía quedaría deshonrado. Y por esto todo el mundo guardaba el secreto, sin que ninguno se atreviera a descubrirlo, hasta que un negro que cuidaba el caballo del rey, y que no tenía nada que perder, llegó al rey y le dijo:

—Señor, a mi no me importa que se diga que no soy hijo de padre honrado, y por ello os digo: o yo estoy ciego o vais desnudo.

Y el rey comenzó a maltratarle diciendo que no veía

sus paños porque no era hijo de padre honrado.

Y cuando dijo aquello el negro, otro que lo oyó dijo lo mismo y así lo fueron diciendo los demás hasta que el rey y todos los otros perdieron el miedo a conocer la verdad y comprendieron el engaño que les habían hecho los hombres burlones. Y cuando los fueron a buscar no los encontraron, porque se habían marchado llevándose todo lo que les había dado el rey para hacer el paño.



ESTUDIO ANALITICO DE UN...

(Viene de la Pág. 10)

de las paredes, etc. Luego, en segundo término observamos líneas verticales dando la rigidez de las casas; pero no sin dejar de diferenciarlas una de otra, por medio de leves rasguños de la pluma; en seguida las curvas de las puertas y dentro de los locales se observa fácilmente la oblicua, ondulada y mixta, como así mismo las líneas paralelas. Como equilibrio lineal está empleada la línea quebrada indicando las tejas de una manera armoniosa pero de posición alerta, como para arrojar bien lejos las aguas del invierno.

EULALIO TOLEDO

Alumno del Primer año del Curso de
Formación de Profesores de la Escuela
de Artes Plásticas

LOS COCUYOS

(Viene de la Pág. 2)

en cualquier parte, sin preocuparse de las condiciones necesarias para su desarrollo, como el calor o el frío, los enemigos que pueden presentarse de un momento a otro o la alimentación que exija la larvita al salir; y es curioso que desde que pone los huevos la luciérnaga, muestran ya el brillo que más tarde han de tener.

Los machos se diferencian de las hembras en que los primeros tienen alas y pueden jugar por el aire, mientras que las segundas tienen que caminar para cambiar de sitio. También se distinguen en que los que vuelan son mucho menos brillantes que las que caminan y tienen colocadas sus lamparitas en distintos lugares. A éstas les sirve la luz para una cosa muy curiosa: cuando quieren casarse, llaman a los compañeros que viajan libremente por encima de ellas, por medio de sus bombillitas; es cual si tuvieran un telégrafo de señales, como hemos visto que hacen los soldados con unas banderas cuando necesitan conversar a distancia y no hay teléfono. Pero las luciérnagas tienen la luz debajo,

en el abdomen, y por eso se ven obligadas a moverse mucho en todas direcciones, como si fueran volatineros, para que los novios sepan dónde están y vayan a hacerles una visita. Por eso el método que se usa para cazarlos consiste en quemar la punta de una ramita y agitarla en el aire; entonces los cocuyos se acercan sin desconfianza, creyendo encontrar a sus compañeros, siendo así muy fácil cogerlos.

Los sabios que se dedican al estudio de los insectos y que por eso se llaman entomólogos, han estudiado mucho para averiguar cuál es la substancia que produce la luz; al principio creyeron que era fósforo, pero después vieron que no, sin que puedan decir hasta ahora qué es; solamente averiguaron que el oxígeno que hay en el aire se comunica con ella por medio de una parte del sistema respiratorio que se llama tráquea y produce lo que se llama una oxidación, y por eso mismo el brillo luminoso. Y así como ustedes han visto que en una carretera, cuando se encuentran dos automóviles que co-

corren en distinta dirección, ambos disminuyen la fuerza de las linternas para no ofuscarse, las luciérnagas pueden graduar la suya según la mayor o menor cantidad de aire que dejen penetrar hasta sus focos, y a veces los apagan completamente cuando tienen una emoción fuerte, como si por la impresión recibida se olvidaran de respirar.

Les contaba hace un momento que los cocuyos no constituyen una compañía que agrade mucho a los campesinos de los climas templados, porque son muy golosos, y les gusta enormemente el dulce de la caña de azúcar, a la que perjudican por su voracidad.

En cambio, los gusanos de luz son muy útiles porque son carniceros y se alimentan con lo que llamamos madres de caracol. Para preparar su comida se muestran como magníficos cirujanos y como químicos que hubieran hecho estudios larguísimo, aunque su laboratorio está en la misma concha de la víctima, que sirve también de plato, y ellos no dejan nunca los reactivos guardados en la casa, para aprovechar toda ocasión de banquetear que se les presente.

Ante todo, les inyectan con suma suavidad, para que el caracol no vaya a desprenderse de donde está, una substancia que los dureme completamente, impidiéndoles hacer cualquier movimiento y evitándoles el dolor que pueda producirles la operación siguiente. Como las mandíbulas que poseen son en extremo débiles y no pueden masticar, resuelven preparar un *tetero* con la carne del animalito anestesiado, volviéndola, por medio de ciertas substancias, completamente líquida, para poder sorber con toda tranquilidad y comodidad. Además, son tan generosos, que no rechazan ningún convidado que se presente a participar de una comida tan maravillosamente preparada.

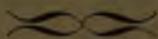
Otra cualidad muy curiosa que poseen estos insectos es la del aseo, que hacen casi de la misma manera que los gatos, pues tienen una especie como de dedos sin articulaciones, en número de doce, que por una parte le sirven para adherirse a las superficies muy lisas sin resbalar, aunque sean perpendiculares, y por otra como si dijéramos para cepillarse, para quitarse todo el polvo que recogen o cualquier partícula.

la de comida que les quede encima.

El cocuyo tiene menos brillo y produce menos luz que la luciérnaga, según dijimos, pero no obstante, con su iluminación puesta cerca podemos distinguir en el reloj del bolsilo qué hora es y aun leer una palabra impresa. Los viajeros que vienen por primera vez al Trópico admiran este insecto, y el mismo Humboldt, quien fué un alemán que escribió libros

muy sabios y muy interesantes sobre nuestro suelo, sus habitantes y sus productos, afirma que en algunas partes vió cómo encerraban en una calabaza vacía y con ventanas muchos cocuyos que servían de alumbrado en una pieza.

En algunas ocasiones y lugares las mujeres los envuelven en gasas para que no se marchen, y se los ponen como adorno en los vestidos para asistir a los bailes.



L O S C A Z A D O R E S

(Viene de la Pág. 3)

nero que en medio de dolorosos ayes luchaba desesperadamente por salvarse de las garras de un enorme tigre, que, al errar el tiro que le hizo, avanzaba sobre él amenazando destrozarlo.

La desesperación de los dos compañeros del joven llegó hasta el paroxismo, quedándose inmóviles al ver aquel cuadro ¡Dios mío! Ay! que se salve. Uno de ellos atacado quizá de violenta nerviosidad no hizo uso del arma que llevaba, sino que echó a correr dejando solo al otro, quien, violentamente se dis-

puso a libertar a su compañero. Inmediatamente, cuchillo en mano, se lanzó sobre el felino; pero éste le descargó un terrible manotazo que lo derribó al suelo. Tremenda lucha trabó este muchacho con el feroz animal, y después de recibir muchas heridas, pudo huirle el cuchillo, dejando fuera de combate a su adversario, y salvando así la vida de su compañero que estuvo a punto de morir en esta trágica cacería.

R. R.

Apurito: 11 de mayo de 1939.

AVENTURAS CON LOS ELEFANTES SALVAJES DE LA INDIA

(Viene de la Pág. 17)

so a ello, diciendo que las bestias se encontraban enfurecidas y que no vacilarían en arremeter, con resultados fatales, a la más ligera provocación.

Pero los fotógrafos llamados Marvin y Bradley, tenían otros proyectos. Con sus aparatos perfectamente engrasados, ya habían decidido entre sí, ignorando las advertencias del Rajá, partir a la media noche para tomar fotografías de la manada, desde lejos, en las primeras horas de la mañana siguiente.

“Si tu papá te lo permite”, —me dijo Marvin respondiendo a mi solicitud— “puedes venir con nosotros”.

Lleno de excitación corrí a la tienda de campaña de mi padre, quien al principio rehusó rotundamente, pero tanto insistí y le aseguré que no había nada de peligroso, puesto que los fotógrafos se iban a concretar a tomar escenas desde lejos, que al fin accedió.

El Rajá, por su parte, cuando se dió cuenta de lo que se preparaba, se opuso al viaje nocturno, pero atendiendo

las razones de los americanos, de que se trataba de una oportunidad única en su género, dió su autorización, proporcionándonos un guía perfectamente conocedor del terreno. Partimos en nuestras cabalgaduras, no sin antes haber tomado yo la precaución de armarme con un rifle de mi padre.

La marcha era bien lúgubre y los aullidos de los chacales y las hienas nos helaban la sangre en las venas, mientras parvadas de simios, cuyo reposo interrumpíamos en el trayecto, nos ensordecían con sus chillidos.

Como a las tres de la mañana el guía nos informó que ya faltaban muy pocas millas para llegar al lugar donde se encontraban los elefantes, y media hora más tarde divisamos una enorme línea circular de hogueras, cuyo objeto era evitar que se dispersaran los animales.

Al llegar a la primera hoguera, fuimos informados de que la redada principiaría al romper el alba, y se nos brindó asilo por el resto de la noche.

Principian los Acontecimientos

El batir ensordecedor de los tambores nos despertó. Mientras ensillábamos los caballos, un ruido como el que producen las trompetas partió repentinamente de la selva. Azorados nos miramos los unos a los otros, sin saber de lo que se trataba, y el guía nos informó que eran los rugidos de elefantes salvajes, y que nos apresuráramos, pues las bestias no se encontraban sino a una distancia de un poco más de una milla.

Los fotógrafos no querían tomar escenas de los elefantes, en la selva, debido a la insuficiencia de luz, y pidieron al guía que los llevara a un lugar a campo abierto, inmediato al lugar por donde habrían de pasar los elefantes.

Marvin escogió un pequeño montículo que se destacaba en la llanura, y allí se instalaron las cámaras, con sus lentes telescópicos, apuntados a la selva, por donde los paquidermos no tardarían en salir.

Por la intensidad creciente de los ruidos, pudimos darnos cuenta de que los elefantes aparecerían en unos cuantos instantes, y yo, ner-

vioso, me puse a considerar la posición en que nos encontrábamos. Estábamos desmontados, el montículo parecía una isla, pues con todo y que nos encontrábamos en plena selva, los árboles más cercanos se encontraban a una distancia de quinientos pies.

No me sentía bien, pero el guía nos aseguró que los elefantes seguirían hacia el Norte tan pronto como llegaran a la llanura, y a una distancia no menos de seiscientos pies de nuestra posición. Observé, además, que las bestias están provistas de muy mala vista y que por lo tanto no pueden distinguir ningún objeto a más de doscientas yardas.

Volví la vista hacia mis amigos, y encontré a Marvin ajustando el lente con mano temblorosa, mientras Bradley, pálido como un cadáver, sostenía un magazín de emergencia, de película.

Sin aviso previo de ninguna naturaleza, un gigante grisáceo armado con dos enormes colmillos, salió de la selva como a cuatrocientas yardas de donde estábamos. Marvin lo enfocó inmediatamente. Haciendo un alto brusco el enorme paquidermo se puso a examinar el terreno que lo rodeaba, y, po-

siblemente satisfecho, levantó la trompa lanzando un rugido metálico, y siguió su marcha hacia el Norte.

Segundos después salió otro elefante... tres más... y finalmente la manada entera en formación de tres o cuatro en fondo. El espectáculo era magnífico e imponente, y es imposible describir la impresión profunda que causaba. Pronto divisamos a muchos pequeñuelos que corrían detrás de sus madres gigantescas. Algunos eran tan chicos que apenas sobresalían de entre el zcate.

Marvin no cabía de gozo y en menos de tres minutos se acabó con un rollo de película de doscientos pies, que guardó cuidadosamente, sustituyéndolo por otro. Llevado por su entusiasmo preguntó si no habría manera de hacer que los elefantes embistieran dando frente a la cámara. Eso era imposible debido a que los caporales se encontraban muy lejos, y en mi ignorancia, recurrí al único medio de que disponíamos. Tomé el rifle e hice un disparo sobre las bestias.

Al escuchar la explosión, los elefantes que iban a la cabeza hicieron alto volteando en todas direcciones. Sin darme cuenta de lo que hacía y

sin escuchar los gritos del guía hice dos disparos más.

Una Carga Dantesca

Los elefantes se habían puesto furiosos, y a pesar de su mala vista, nos habían husmeado y en vez de seguir hacia el Norte, ahora se dirigían hacia donde nos encontrábamos. Un segundo después sus trompetazos rasgaron el aire y cargaron sobre nuestra posición. Marvin estaba tan absorto en su cámara que no se daba cuenta de lo que pasaba. Los caballos, espantados, se habían soltado de las manos del guía, mientras Bradley corría hacia la selva llevando el tripode y la caja de las películas. Marvin y yo lo seguimos conduciendo la valiosa cámara y al llegar al límite de la selva caímos en un hoyo oculto por la yerba, y cuando nos incorporamos los elefantes no estaban sino a una distancia de doscientos pies. Traté de buscar el rifle pero no lo encontré.

Refugiados en un Arbol

Corrimos hacia los árboles sin saber dónde se encontraba Bradley, y Marvin, portando todavía la cámara se subió a un árbol con facilidad asombrosa. Lo seguí y nos instalamos en una rama

como a treinta pies de altura. De repente una sacudida formidable por poco nos hace caer haciendo que Marvin soltara la cámara. Los elefantes enfurecidos nos habían alcanzado al fin, y con sus colmillos en alto embestían sobre el árbol en tanto que de sus ojillos partían miradas furiosas.

Busqué a Marvin, quien se encontraba en otra rama, y su expresión de espanto reflejaba la misma pregunta que yo me hacía: ¿Podría resistir el árbol?

El Arbol Arrancado de Cuajo

Un crujido pavoroso nos trajo al mundo de la realidad y el árbol empezó a caer casi arrancado de cuajo por el empuje de los paquidermos. Me dí cuenta de que el fotógrafo aun conservaba una caja de películas, e inspirado por la desesperación le grité: “Enciende la película y arrójala a los animales”. El árbol seguía cayendo y Marvin, haciendo un esfuerzo desesperado para abrir la caja y no caer, prendió fuego a la película con un cerillo y la arrojó sobre los elefantes cayendo en el lomo de uno de ellos el cual retrocedió alarmado. El fuego se comunicó pronto al zacate seco, y el elemento que más temen los habitantes de la

jungla, nos había salvado la vida momentáneamente.

Uno de los elefantes hizo el intento de embestirnos cuando caíamos con el árbol en el suelo, pero una lluvia de chispas ardientes lo hizo retroceder. Para entonces ya habían llegado varios de los “caporales”, quienes nos sacaron de la difícil posición en que nos encontrábamos, y pronto localizaron a Bradley y al guía. Ambos estaban tan asustados que no podían hablar. Por demás está decir que la magnífica cámara de Marvin estaba hecha pedazos.

La Bondad del Rajá

El rajá consideró el incidente con mucha generosidad, y en vez de disgustarse, nos aseguró que él mismo, en otra ocasión, había provocado una estampida de los elefantes, que por poco le cuesta el pellejo, al hacerles unos disparos.

Tres días después pudimos presenciar el espectáculo magnífico y grandioso que constituye la redada de elefantes en la India. Ciento diecisiete elefantes de todos tamaños fueron a dar a la trampa. Las escenas que tomaron Marvin y Bradley en esta ocasión, son, en mi criterio, las más notables que se han tomado para los noticieros del cine.

BORODINO Y CACHILIN

CONTINUACION DEL NUMERO ANTERIOR



1

Después de trepar un rato por la montaña nevada descubrieron una grieta que entre las rocas se hallaba.



2

Llegando allí, penetraron y, durante horas enteras, por entre oscuras cavernas y galerías marcharon.



3

En el fondo de la gruta; al fin, vieron una luz. Allí, junto a una mesita, estaba un viejo sentado.



4

Era el Genio de las Nieves, quien les obsequió tacitas de un rico café caliente que él mismo se preparaba.

(Continuará)